

JOSE VASCONCELOS



6 de julio de 1959

La muerte de José Vasconcelos ha iluminado de pronto algunos rincones del temperamento y la idiosincrasia de México.

Es costumbre humana inclinarse respetuosamente al paso de un cadáver; pero muchos destacados mexicanos se han negado a rendirle a Vasconcelos ese tributo de solemne sobriedad. Se han deshecho en zalemas y gritos, en caravanas y en sofismas, al grado de que dan la sensación del júbilo por la muerte de Vasconcelos, como si la hubieran deseado desde hace mucho tiempo, para celebrar una feria híbrida de la cultura y la política.

Después de haber ejecutado el corte radical de su vida, allá por los primeros años del treinta, Vasconcelos no volvió un paso atrás. Con terquedad ardiente, sostuvo y predicó hasta el último instante de su vida su querella y su conversión; los últimos tiempos lo vieron ser fiel a su propio naufragio, como Prometeo vencido, implacable en su derrota. En la carta que escribió a Herminio Ahumada, el más entero de sus hijos políticos, quedó para siempre el latido de su extravío y de su cólera. "...La ciudadanía de nuestro país no tiene derecho a honrarme como escritor mientras no me reconozca como político." "...El autor de la "Breve Historia de México" nada tiene que hacer en un cementerio dedicado en especial a los héroes de la Reforma masónica del juarismo."

Era hombre y era profeta. Reconozcamos que sus duras palabras bien pueden quedar como su propio epitafio. Si los héroes de la Reforma lo hubieran dictado habrían dicho algo semejante.

Quiso quedar así ante la historia, en su desnuda fuerza y su crepitante agonía. Pero los epígonos de la mistificación han querido interrumpir su monólogo severo interfiriéndose apostillas mendaces. En busca de héroes, porque no los tienen, los escribas y orates de la derecha han engolado la voz para testimoniar la unidad de quien se confesó contradictorio y la ortodoxia de quien fue, por su persistente voluntad un heterodoxo.



Y otros, liberales, añorantes, blandos, han puesto en contraste su flexible delicadeza barroca junto a la rocosa solidez románica del hombre que ha muerto. Han querido hacerle la merced de ocultar entre la bruma de los adjetivos sus desmayos y apostasías, merced que él no agradecería.

Unos y otros han coincidido en la deformación y en la falsificación.

El "partido reactor", como lo llamaba Justo Sierra, quiere ver nada más en Vasconcelos al espiritualista que buscaba la gloria ultraterrena, a cambio de la miseria de este Valle de Lágrimas; al enemigo tardío de la Revolución Mexicana en las mejores de sus realizaciones; al antagonista irreflexivo de la República Española; al editor opaco de publicaciones al servicio de Hitler; al autor de la "Breve Historia de México", que es pobre historia contra México; al corrector crepuscular de las obras expurgadas de José Vasconcelos.

Ciertos liberales, determinados estetas de la historia y la vida social, a su vez quieren ver en Vasconcelos, solamente, al supermuchacho de 1910, que llevó el concurso de la inteligencia generosa al torrente de la lucha popular revolucionaria; que admiró a Villa: que edificó y dirigió con mente y mano maestras la Secretaría de Educación; que editó con la primera *Antorcha*, la anterior a 1929, una de las revistas más ricas de pensamiento y de sentido humano en el mundo y que, frente a las tinieblas de claudicación y crimen del callismo descompuesto, levantó con brazo fuerte una antorcha mayor, inmensamente prometedora: la de la fe y la energía del pueblo mexicano para defender hasta más allá de la muerte su libertad.

Entre unos y otros fabricantes de un Vasconcelos falso, por incompleto, podría establecerse un paralelo: a los primeros les agrada y seduce el Vasconcelos de la decadencia; a los segundos, que fueron los primeros en el culto a la personalidad del finado, les apasiona el Vasconcelos de la juventud y la madurez. Habrá tiempo para dirimir este dilema.

En Vasconcelos cristalizó, en algunos momentos, en ciertos rasgos, el genio de México y de América. Parecía como Rodó, como Martí, con un algo de Bolívar y un dejo de Unamuno. América, no tan virgen como la "España Virgen" que acarició y no poseyó el vergonzante vasconcelista Manuel Gómez Morín, veía en hombres como Vasconcelos el resplandor naciente de su fisonomía universal. Sobre el provincianismo de la mentalidad latinoamericana de esos tiempos, aquel mexicano revolucionario lanzó su mensaje de humanismo audaz y palpitante. Superaba en mucho las concepciones de los antiguos forjadores de la ideología latinoamericana. Era extraordinariamente más luminoso que Ingenieros, más visionario que Montalvo, más vital que Sarmiento. Por eso los jóvenes de Colombia, y los del Perú (no obstante que tenían a Mariátegui), y los de Argentina, lo nombraron maestro. En realidad, en aquellos años, maestra era la Revolución Mexicana.

Pero en 1929, en México, la teoría entró en conflicto con la realidad. Todavía hay jóvenes de entonces —entre ellos el actual Presidente de la República— que pueden recordar la seducción inextinguible de aquella lucha. Se luchaba para limpiar a México y abrirle de par en par los caminos de la dignidad y la grandeza. Cuando Gómez Morín, que fue un vasconcelista a medias (todo en él es a medias), habla, por sus interposiciones barriletes, de que la más grande herencia de Vasconcelos es su lucha por el sufragio efectivo, reincide en su incomprensión de lo que es México y en su manía de ocultar delitos, porque Gómez Morín fue, como decía Vasconcelos, un "constabulario" de la dictadura callista.



Habló el maestro, antes de morir, de que él, en su lucha por el poder, no había sido derrotado por el Gobierno, sino por sus propios partidarios, que, según eso, lo abandonaron. Ese juicio podría ser contestado de muchas maneras. Una de ellas, es la que emplearon los piadosos miembros de la *generación* de 1929 que le prodigaron al maestro el perdón y la benevolencia a la hora del sepelio. Pero otra, la más vibrante, la más rotunda, es la respuesta de los miles, porque fueron miles, de rebeldes vasconcelistas asesinados en 1929 y 1930.

Dijo el maestro antes de morir que no había encontrado veinte hombres, en todo México, para iniciar una rebelión contra la dictadura de aquel tiempo. Pero allí, en quién sabe que modestas tumbas católicas o ateas, están los restos de Manuel González Villa, del general Ibarra y de los otros setenta ahorcados de Topilejo, para decir ellos solos, aparte de otros cientos de miles, si no había hombres en el México de aquella época.

*Pidió el maestro que no se le honrara como escritor si no se le reconocía como político. Pero ocurre y ocurrirá exactamente lo contrario de lo que él deseaba. Al Vasconcelos escritor todavía tendrá que hacerle justicia la comunidad de habla española. Porque no quiere entenderse que junto a Martín Luis Guzmán, Unamuno, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos es uno de los más admirables escritores en lengua española y sus derivadas. Pero en cuanto a lo político, habrá que examinar rigurosamente los hechos. Y mientras el conservatismo atolondrado pero rampante tire más de la memoria de Vasconcelos hacia su campo, más le estarán cerrados los caminos amplios de la historia.*

El hecho es, pues, que coincidieron, y se unieron, tratantes de cadáveres de diversa especie. Quienes se empeñan en borrar al Vasconcelos liberal y revolucionario y quienes quieren disimular al Vasconcelos intolerante y reaccionario. Ambos bandos han dado, de súbito, una imagen distorsionada de Vasconcelos; ante la cual el mismo personaje se hubiera sorprendido e irritado.

Mas todo esto conforma un hecho político: el hecho de que, en México, en nuestros días, mientras la derecha está a la ofensiva, lo que inútilmente llamamos izquierda se encuentra, más que a la defensiva, en plan de capitulación.

No es una hazaña del pensamiento negar, a la hora en que un hombre muere, lo que hemos dicho de él mientras vivía. No es tampoco una hazaña de la conducta. Es una maniobra de alquimismo bajo, indigna de cualquier país que se respete.

A la ofensiva, como aprovechando una oportunidad largo tiempo esperada, salieron los órganos de publicidad franquistas, de aquí y de España, los partidos de fifies reaccionarios (como los llamó Vasconcelos), y el Embajador de Estados Unidos, el muy honorable Robert C. Hill.

*Lamentó este caballero, con muy sentida pesadumbre, la muerte de José Vasconcelos. Muy agradecido. ¿Pero porqué éste o los otros embajadores de la potencia norteamericana no lamentaron con el mismo dolor la muerte de otros próceres mexicanos, como Diego Rivera o Luis Cabrera?*

De donde se ve que ahora, en México, los elementos conservadores o reaccionarios tienen más idea que los izquierdistas o liberales de la utilidad de las vidas y las muertes. Los liberales e izquierdistas se dedican a destruir a sus correligionarios que gozan de vida y a exaltar hasta lo sublime a los adversarios que ya han muerto. Lo cual es todo un arte de la necrofilia.



Decíamos al principio que la muerte de José Vasconcelos ha iluminado algunos aspectos de la conciencia nacional. Ese ha sido, después de los eminentes servicios que prestó a México, otro más. Descubrir con claridad absoluta cómo la vida y la muerte tienen sentido político; de qué modo en torno a los seres vivientes y a quienes han fallecido se libra una batalla, para que los demás vivientes sigan proliferando.

En el caso de José Vasconcelos se ha visto cómo las derechas deseaban que muriera, para atenuar sus errores, hacer olvidar sus extravíos, y tremolarlo como bandera de rectificaciones y conversiones. Porque vivo, él mismo era débil, tanto como fuerte era la convicción pública de su desvío. Sobre su muerte, comenzará a descender la noble, la fecunda aclaración de sus virtudes.

Pero hay muchos más, en México y en América, que no comparten ese trato inhumano de hacer el balance de la vida y la obra de los muertos en el estilo fácil de las circunstancias. Para esos millones de jueces quedará intacta la imagen contradictoria de Vasconcelos, en su contraste dramático.

No olvidarán al apóstol del americanismo libre de todo coloniaje; al hombre que entregó al pueblo de América las obras de Homero y de Plotino, de Tagore y de Romain Rolland; que fundó palacios para escuelas; que escribió *La Raza Cósmica*, *Indología* y *Uises Criollo*; que encabezó una campaña electoral en la que se vaciaron prodigiosamente las energías liberadoras del pueblo mexicano.

Pero recordarán también el reverso, la vuelta que los selectos quieren olvidar. Los años del avatar y el declive en que el hombre excepcional quiso identificar a todo trance su desventura con la de su pueblo. Los años en que, como les ocurre a todos los terribles individualistas, Vasconcelos pensó que el final de su carrera política significaba el ocaso definitivo de la historia de México.

Mucho de lo que dijo es verdad, mucho de lo que hizo es justo, mucho de lo que creó es belleza. Y todo eso queda ahí, inviolable e indemne a la necrofilia interesada de la reacción vulgar y del halago oportunista.